

La poesía de Alvaro Mutis

Escribe: ALBERTO HOYOS

Antes de referirme al último libro de poemas de Alvaro Mutis, **Los trabajos perdidos**. (1) intentaré expresar mi interés por su obra poética. Son muchas las dificultades y limitaciones que asedian este intento, pero la obra de Mutis, que si bien es breve, su alta calidad la hace una de las más estimables entre las que se escriben actualmente en español. Más que un análisis fragmentario de sus poemas, importaría una aproximación a la percepción del mundo en que se mueve, como también la ubicación y aportes que a la poesía colombiana ha efectuado el poeta; pero ese trabajo nos llevaría más del espacio dedicado a esta nota.

Los más recientes poemas de Alvaro Mutis nos muestran lo que viene a ser una feliz culminación, o mejor aún, consecuencia de sus trabajos iniciales, en los cuales se esboza ya nítidamente la particular arquitectura de su creación. Sus primeros poemas fueron reunidos en el libro **La balanza**, publicado en el año de 1947, y vinieron a reforzar el movimiento de

reacción contra el tono y la orientación que en años anteriores habían impuesto los poetas agrupados bajo el nombre de "Piedra y Cielo", herederos especialmente de Juan Ramón Jiménez y sus seguidores españoles, creando una retórica de fineza en la expresión, de tono aéreo, que contrastaba con la grandilocuencia y el verbalismo de la historia literaria de Colombia. Pero este camino no era transitable para Mutis y sus compañeros de generación —entre los que se destacaban especialmente Fernando Charry Lara, Fernando Arbeláez, Jorge Gaitán Durán y Héctor Rojas Herazo— que buscaban caracterizar y actualizar una lírica con las orientaciones más nuevas y válidas de la poesía en español y en otros idiomas. Desde esa época y hasta el presente, Mutis y su generación han efectuado muchos y muy valiosos aportes a la poesía colombiana, pero sobre todo, marcaron el trabajo poético con la seriedad y el rigor.

En los **Elementos del desastre** (2) se inician, o mejor acaso, toman cuerpo los temas de la poe-

(1) **Los trabajos perdidos**, Ed. ERA. Col. Alacena. México, 1965.

(2) **Los elementos del desastre**, Ed. Losada. Col. Poetas de España y América. Buenos Aires, 1953.

sía de Mutis con su continuidad y coherencia en una obra que, —a través de unos 50 poemas en prosa y en verso— nos introducen en el mundo de una conciencia. Es aquí donde aparece por primera vez el personaje de Maqroll el Gaviato, que posteriormente será quien enlaza todos los relatos de la **Reseña de los hospitales de ultramar** con todo su esplendor y miseria. Maqroll es un personaje que a primera vista se nos antoja alucinado, pero que en realidad es la imagen de la lucidez. Su ambiente es el mundo del trópico, su permanente comprobación y su exuberancia engañosa que a la postre, no es más que una guía para enfrentarlo al presentimiento de la aniquilación.

Las últimas producciones de su obra han sido escritas fuera de su patria —en México— y a ella pertenecen sus mejores poemas, como también el magnífico y significativo libro en prosa **Diario de Lecumberri** (3).

Y este año —1965— nos ha entregado esta obra no por esperada menos sorprendente: **Los trabajos perdidos**. Creo que la poesía, la única, la indispensable poesía tiene que sorprender, encontrarse con el hombre y devolverle, así sea fugazmente, la conciencia de su fragilidad y desamparo. “La poesía no es nada sino es el canto de nuestra miseria”, dirá Bernanos en el prólogo a la obra de Jorge de Lima y esta misma frase puede servirnos de introducción al mundo de Alvaro Mutis, o sea el mundo cotidiano de un ser lúcido. Al oficio poético, cada día más negado y renegado, pero siempre cumplido amorosamente.

En este libro nos revela Mutis su preocupación por la expresividad de la palabra dentro de un refinado lujo pero sin ninguna ostentación. Búsqueda de lo esencial de la palabra, lo que no quiere decir contención sino exactitud en el vocablo; que trasciende su límite de significado y nos impregna de sugerencias. El sonido de esta poesía nos conduce a un lirismo que a primera vista nos parece inexplicable, pero que cuenta con una claridad que superficialmente le ha sido negada. Su luminosa belleza y su asombro reposan sobre un fondo cierto: no hay allí gratuidad ni improvisación sino meditada vibración de la palabra. El poema de Mutis, de esplendor aparente, hunde sus raíces en lo más profundo de la poesía y crece despojado de la altisonancia —tan grata a muchos poetas en español— pero que aquí logra el rigor en el combate de nombrar las cosas y callarlas: El poema. En la segunda parte del libro vuelve su gusto por los temas conradianos: el nombrar la vegetación y los elementos de los trópicos, las fiebres y las enfermedades. Ambiente en el que aparecen de pronto unas visiones o elementos totalmente ajenos, pero cargados de una evocación poética maravillosa.

Con los dos versos iniciales del libro, Mutis nos entrega su norma ética o, mejor dicho, la única regla de juego: “Que te acoja la muerte/ con todos tus sueños intactos”. Todo verso posterior, afirmativo o interrogativo, fluye de esa desolada fuente a la que está ligado por algo más objetivo que la unidad estética y por ello es

(3) **Diario de Lecumberri**, Ed. Universidad Veracruzana. México, 1961.

mucho más poético, en el sentido que esa palabra supervive a su significado.

El lenguaje que emplea Mutis para comunicarnos sus poemas, para convocar personajes menos extraños de lo que parecen, su fingido idioma de todos los días nos devuelve el significado mágico y pueril de las palabras; recuperamos con ellas totems y fetiches que ya dábamos por perdidos, aunque descubramos después que no son los mismos.

Acaso la **Reseña de los hospitales de ultramar** nos parezca un libro aparte, totalmente estructurado en forma diferente a los **Trabajos perdidos**. Por eso pueda ser

que prefiramos el orden de las dos partes —que integran el volumen— en sentido inverso. Pero lo que nos queda de esta obra, lo que hemos recogido en esta travesía, a fuer de humildes amantes de la poesía, es el testimonio de que “...es en nosotros/ donde sucede el encuentro/ y de nada sirve prepararlo ni esperarlo”.

En un inútil intento por ejemplificar, yo diría: “Todo lo que es materia —y aun materia de meditación— es vida, aun la muerte”. Cuanto he escrito a cerca de **Los trabajos perdidos** que es bien poco, sea considerado como un laudario de esa poesía que, como toda gran “poesía sigue el camino del hombre”.